

**UNA IGLESIA
CONSAGRADA AL
DIOS VIVIENTE**

UNA IGLESIA CONSAGRADA AL DIOS VIVIENTE

*Dr. William Soto Santiago
Domingo, 16 de noviembre de 2014
Buenos Aires, Argentina*

Leemos en Efesios, capítulo 1, y también leemos
En Efesios, capítulo 5, versos 25 en adelante,
donde dice:

*“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como
Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por
ella,*

*para santificarla, habiéndola purificado en el la-
vamiento del agua por la palabra,*

*a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia glo-
riosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa se-
mejante, sino que fuese santa y sin mancha.”*

Esa es **una Iglesia consagrada al Dios viviente**,
la Iglesia del Señor Jesucristo, compuesta por todos

los creyentes en Cristo.

Esta Iglesia está tipificada aquí en Cantares, capítulo 4, verso 7, donde dice:

*“Toda tú eres hermosa, amiga mía,
Y en ti no hay mancha.”*

La Iglesia del Señor Jesucristo ha sido santificada por la Palabra, lavada por la Sangre de Cristo. Y así como cuando hay una mancha en una ropa, una camisa blanca (digamos), y se coloca en cloro, blanqueador: desaparece, y ya no hay mancha; así la Sangre de Cristo, dice la Escritura que nos limpia de todo pecado. Y la Escritura dice que hemos vencido al enemigo por la Sangre del Señor Jesucristo. Cristo nos mantiene limpios con Su Sangre delante de Dios.

Por eso en la Santa Cena —donde el pan tipifica el cuerpo de Cristo y el vino la Sangre de Cristo—, da testimonio que Cristo nos ha limpiado de todo pecado. Y en el lavatorio de pies, da testimonio que nos mantiene limpios en todo momento que fallamos delante de Dios y lo confesamos a Cristo.

Por Su Sangre Cristo nos mantiene limpios, porque Él está como Sumo Sacerdote en el Cielo, haciendo intercesión con Su Sangre por todos lo que lo reciben como Salvador. Y también por los que ya le recibieron y fallan en alguna cosa y le piden perdón

a Cristo, Cristo con Su Sangre los limpia de todo pecado, y así los mantiene limpios.

Por eso cuando Cristo fue a lavar los pies de Pedro, Pedro le dice: “Jamás me lavarás los pies a mí.” Cristo le dice: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.” Pedro le dice: “Entonces la cabeza también, todo.” Cristo le dice: “Los que están limpios solamente necesitan lavar sus pies.” [San Juan 13:1-16]

En nuestro caminar terrenal, nuestra trayectoria terrenal, necesitamos que Cristo nos mantenga limpios con Su Sangre preciosa.

La Iglesia del Señor Jesucristo es el pueblo del Nuevo Pacto; Israel es el pueblo de Dios: la Iglesia del Dios del Pacto Antiguo dado por Dios en el Monte Sinaí.

Encontramos que Israel es tipo y figura de la Iglesia del Señor Jesucristo que entraría a un Nuevo Pacto, del cual Dios habló en Jeremías, capítulo 31, versos 31 al 36, y luego Pablo hablándonos nos dice: “Este es el Nuevo Pacto;” [Hebreos 8:6:13] y en Hebreos, capítulo 13, versos 20 al 21, nos dice: “*por la sangre del pacto eterno.*” ¿Cuál es la Sangre del Pacto eterno? La Sangre de Cristo nuestro Salvador.

Tenemos al pueblo del Nuevo Pacto, que es la Iglesia del Señor Jesucristo con todas las bendiciones

celestiales; por eso han sido colocados con Cristo en lugares celestiales. Es el pueblo del cual Cristo dijo que el Reino de los Cielos sería dado a otro pueblo, a otra gente que produjera los frutos del Reino; y ha estado produciendo los frutos del Reino: hijos e hijas de Dios nacidos de nuevo por medio de recibir a Cristo, ser bautizados en agua en Su Nombre, Cristo bautizarlos con el Espíritu Santo y producir en ellos el nuevo nacimiento. [San Mateo 21:33-45]

De eso fue que le habló Cristo a Nicodemo en San Juan, capítulo 3, versos 1 al 6, cuando le dice : “De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios.” O sea, no lo puede entender.

Para ver el Reino de Dios, la persona tiene que nacer de nuevo; como para ver este reino terrenal, ¿qué tuvo usted que hacer? Pues nacer. El que no nace, no puede ver este reino terrenal; y el que no nace de nuevo, no puede ver ni entrar al Reino de Dios.

Nicodemo pensó que era nacer nuevamente en la forma literal, y dice: “¿Cómo puede hacerse esto?, ¿puede el hombre ya siendo viejo entrar en el vientre de su madre y nacer?” Cristo le dice: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca del agua y del

Espíritu, no puede entrar al Reino de Dios.”

Y toda persona desea entrar al Reino de Dios para vivir eternamente con Cristo en Su Reino eterno; porque el alma de todo ser humano clama por algo que perdió el ser humano (la raza humana) lo cual perdió en el Huerto del Edén, y fue la vida eterna.

Recuerden que Dios dijo a Adán que no comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comiera, ese día moriría. Y cuando comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, después de eso Adán continuó viviendo físicamente: vivió 930 años Adán. ¿Pero Dios no había dicho que moriría el día que comiera? En cuanto a día, un día delante del Señor es como mil años, y mil años como un día; por lo tanto, un día siendo mil años no podría vivir mil años, durante ese tiempo moriría, antes de llegar a mil años.

Y en el sentido espiritual, vean ustedes, Adán tenía vida, vida eterna, podía continuar viviendo si no pecaba; lo único, que no estaba adoptado todavía, y esta adopción sería la transformación de su cuerpo.

Y allí ocurrió el primer homicidio: crimen, en medio de la raza humana, y el más grande de todos, porque fue la muerte - murió a la vida eterna, lo cual es más grande que morir a la vida terrenal, a la vida

pasajera, que casi nadie pasa de 100 años actualmente.

Antes, en los tiempos de Adán, de Set y de los demás hombres de aquellos tiempos, hasta Noé, vivían más de 500 años; y a algunas personas les gustaría llegar a 500 años, no está mal, pero lo mismo son 500 años o 15 o 20 años. Lo importante es que la persona haga contacto con la vida eterna, que es Cristo, recibéndolo como Salvador; y ahí obtiene la vida eterna, y ya aseguró su futuro eterno con Cristo en Su Reino eterno. Y después, aunque muera, no hay problema: va al Paraíso en su cuerpo espiritual, que es un cuerpo parecido a nuestro cuerpo físico pero de la sexta dimensión.

Recuerde que el espíritu es un cuerpo pero de otra dimensión: cuerpo espiritual, cuerpo angelical. “Dios hace a Sus ángeles espíritus, y a Sus ministros llama de fuego.” [Hebreos 1:7]

Ahora, encontramos que cuando Dios le dio a Adán la orden, Dios sabía lo que iba a suceder, pero Dios creó al ser humano a Su imagen y semejanza; y por consiguiente, le dio libre albedrío. Al tener libre albedrío, el ser humano tenía el derecho y la obligación de elegir entre el bien y el mal: entre mantenerse obedeciendo lo que Dios le dijo, obedeciendo Su

Palabra, o desobedeciéndola.

En obedecer la Palabra de Dios hay Vida: “Mis palabras son Espíritu y son Vida” [San Juan 6:63] y “el que oye mi Palabra, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a Vida,” dice Cristo [San Juan 5:24]. Pero el que desobedece la Palabra de Dios, pierde la bendición de Dios.

Por eso es que en Deuteronomio Dios recomienda al ser humano (en el capítulo 8) que guarde Su Palabra; y también nos habla en otros lugares, como en Jeremías. Deuteronomio también nos dice que Dios ha puesto delante del ser humano la vida y la muerte, así como colocó delante de Adán y Eva la vida y la muerte, el Árbol de la Vida, que es Cristo (porque no hay un árbol literal que la persona coma y viva eternamente).

Cristo dijo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida; y nadie viene al Padre, sino por mí” (San Juan, capítulo 14, verso 6). O sea, que Cristo es el Árbol de la Vida. Por eso Cristo decía: “*El que come de este pan, vivirá eternamente.*” [San Juan 6:58]. “*Yo soy el pan de vida.*” [San Juan 6:48]

No hay otro pan, un pan literal que usted pueda comer, el cual le dé vida eterna. Cristo es el Pan de Vida; y comemos el Pan en sentido espiritual, Pan

de Vida, que es Cristo. Creyendo en Cristo con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas: estamos comiendo, por la fe, a Cristo.

Recuerden, algunas personas cuando escuchan algo, dicen: “Yo no me como eso”; pero el creyente sí, cuando escucha la Palabra de Dios, sí come esa Palabra. “No solamente de pan vivirá el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios.” (San Mateo, capítulo 4, y San Lucas, capítulo 4 también).

La Escritura nos habla algunas veces en términos literales y otras veces en términos espirituales o términos simbólicos. Por ejemplo, cuando nos habla del Cordero de Dios una persona no puede estar buscando un corderito; ya el tipo y figura estuvo cuando Moisés ordenó al pueblo que cada padre de familia tomara un cordero de un año, lo tuviera desde el día 10 hasta el día 14, y el día 14 lo sacrificara y lo asaran, lo colocaran dentro de la casa, del hogar, para comerlo durante la noche; y la sangre colocarla sobre el dintel y los postes de la puerta del hogar, como señal para la protección de los primogénitos que estaban en esa casa. [Éxodo 12:1-14]

No había otra forma de los primogénitos evitar la

muerte. El primogénito del Faraón murió esa noche; no tenía la revelación divina de la sangre del cordero aplicada sobre el dintel y los postes de la casa de cada familia. Pero la revelación la dio Dios a Moisés, y Moisés la pasó al pueblo. Porque ese es el orden para venir la revelación de Dios al pueblo: de Dios viene al profeta y del profeta pasa al pueblo que la da a conocer. “Porque no hará nada el Señor Jehová sin que antes revele Sus secretos a Sus siervos Sus profetas.” [Amós 3:7]. Ese es el Orden Divino, y en ningún lugar dice que Dios lo ha cambiado.

Por eso para el Día Postrero está prometido que Dios enviará Sus Ángeles con Gran Voz de Trompeta, y juntarán a Sus escogidos; y cuando vamos más adelante al libro del Apocalipsis... Eso está en San Mateo, capítulo 24, versos 30 al 31: “El Hijo del Hombre enviará Sus Ángeles con Gran Voz de Trompeta, y juntarán a Sus escogidos.” Esos escogidos son los ciento cuarenta y cuatro mil hebreos que escucharán la Gran Voz de Trompeta, lo cual en las siete fiestas de Israel —la “Fiesta de las Trompetas” de Levítico, capítulo 23, verso 24— se convertirá, se cumplirá, se hará una realidad para Israel.

Recuerden que ya cuatro fiestas fueron cumplidas en la Primera Venida de Cristo, y faltan tres fiestas:

la “Fiesta de las Trompetas”, la “Fiesta de la Expiación” (para Israel reconocer la expiación, reconocer que ya se efectuó la expiación en la Cruz del Calvario; y recibir esa expiación, creer), y la “Fiesta de las Cabañas,” que corresponde al Reino Milenial, al Milenio. Esas son las tres fiestas que corresponden para el tiempo final, para Cristo cumplirlas en Su Venida.

Recuerden que no podemos estar esperando cualquier cosa. Ya está establecido lo que Cristo en Su Venida llevará a cabo.

Israel está esperando la Venida del Mesías; y le antecede, a la Venida del Mesías para Israel, ¿qué?, la Venida de Elías. Por eso cuando hemos estado reunidos con rabinos, en actividades públicas, congresos interreligiosos, algunos rabinos han dicho: “Elías viene primero, y no será el Elías aquel (Elías Tisbita). Será un hombre del tiempo en que se cumpla la venida de Elías. Y él vendrá..., y él vendrá proclamando la paz imperecedera.” Eso es lo que dice Israel y espera Israel.

Y si leen los libros hebreos con relación a la Venida del Mesías y a la venida de Elías: esperan a un hombre del tiempo final, del Día Postrero, antes que venga el día terrible de Jehová. O sea, antes que venga la gran tribulación, que consta de tres años y me-

dio; y corresponde a la segunda parte de la semana setenta de la profecía de Daniel, porque ya los primeros tres años y medio de la semana número setenta los cumplió Cristo en Su ministerio terrenal.

Por eso es que aparecen en Apocalipsis, capítulo 11, versos 1 al 14, los Dos Olivos y Dos Candeleros; los Dos Candeleros, los Dos Olivos, los cuales son Moisés y Elías; pero no Moisés literal ni Elías literal, sino que los hebreos esperan un hombre como Moisés y un hombre como Elías. Esos son los dos olivos de Zacarías, capítulo 4, versos 10 al 14, también.

Eso es para Israel. Por eso es que aunque se trate de convertir el pueblo hebreo a Cristo (no ha podido el cristianismo, hasta el momento) porque ese trabajo le corresponde a los Dos Olivos. Y eso concuerda con Apocalipsis, capítulo 14, verso 1 en adelante, que está unido a Apocalipsis, capítulo 7, verso 1 en adelante, que es el misterio del Ángel que viene con el Sello del Dios vivo.

¿Cuál es el Sello del Dios vivo? El Espíritu Santo: *“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención (o hasta el día de la redención).”* [Efesios 4:30]

O sea, la redención del cuerpo, que es la transformación de los que estén vivos creyentes en Cristo,

en la Venida del Señor; y los muertos que resucitarán en cuerpos glorificados, conforme a las mismas palabras de Cristo en San Juan, capítulo 6, verso 39 al 40, que nos dice de la siguiente manera...

Recuerden que tenemos que saber qué esperar, porque si no sabemos qué tenemos que esperar en este tiempo, qué es lo que va Cristo a hacer en Su Venida; nos pasaría como le pasó al pueblo hebreo: que vino conforme a como estaba prometido, y no lo reconocieron. Él dice: “Escudriñad las Escrituras; porque en ellas os parece que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.” [San Juan 5:39]

Hay que buscar el testimonio que Dios da en Su Palabra para el tiempo en que uno está viviendo, y así uno sabe qué Dios estará haciendo en el tiempo en que uno está viviendo.

Para cada tiempo hay Palabra de Dios para ser cumplida. Recuerde que Dios obra por etapas; por etapas Dios va llevando a cabo Su Programa.

Les debo esta Escritura, la lectura de ella, de San Juan, capítulo 6, versos 39 al 40. Dice:

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.

Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.”

Un día delante del Señor es como mil años, y mil años como un día; y así como el día postrero de la semana es el sábado, el séptimo día de la semana... Siendo que un día delante del Señor es como mil años, y mil años un día; un día delante del Señor, siendo mil años; una semana delante de Dios son siete mil años, y el año siete mil es el Día Postrero delante de Dios. [2da. de Pedro 3:8]

Por eso es que Joel dice que Dios derramará de Su Espíritu sobre toda carne en los días postreros, y el Día de Pentecostés ya estaba derramando Su Espíritu Santo sobre toda carne que lo recibía como único y suficiente Salvador.

Pedro dice que Dios derramaría de Su Espíritu sobre toda carne en los días postreros; y también San Pablo... Eso está en el capítulo 2 del libro de los Hechos, San Pedro hablando lleno del Espíritu Santo; y San Pablo hablando en su carta a los Hebreos en el capítulo 1, dice:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas (¿cómo habló Dios? Por medio de los

profetas),

en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo (¿cuándo dice que ha hablado por el Hijo? En estos postreros días).”

Ya en los días de Jesús estaba hablando por Jesucristo, el Hijo de Dios. Ya eran los días postreros, porque ya en el tiempo del ministerio de Jesús había ya comenzando el primero de los días postreros delante de Dios, que para los seres humanos son nada menos que el quinto milenio, sexto milenio y séptimo milenio. Ya esos tres días habían comenzado con el primero de ellos, que es el quinto milenio; después vino el sexto milenio; y conforme al calendario gregoriano ya estamos en el séptimo milenio de Adán hacia acá.

Esos son los días postreros delante de Dios, de esos siete días postreros delante de Dios, que son siete mil años. Pero no sabemos en cuál de los años del Día Postrero delante de Dios, o sea, del séptimo milenio para los seres humanos, no sabemos en qué año será la resurrección de los muertos en Cristo, y la transformación de los que vivimos, y el rapto o arrebatamiento de todos los creyentes cuando estemos todos transformados, glorificados.

La Iglesia del Señor Jesucristo desde los tiempos

de los apóstoles estaba esperando la Segunda Venida de Cristo, porque no le había sido revelado día ni hora; y estuvo bien, porque no importa en qué tiempo la persona esté viviendo: está llamado a estar esperando la Venida del Señor.

¿Y cómo debe estar esperándolo? Preparado delante de Dios, sin mancha y sin arruga, siendo limpiado con la Sangre de Cristo nuestro Salvador; y así viene a ser parte de la Iglesia del Señor Jesucristo, **la Iglesia consagrada al Dios viviente**, que está compuesta por piedras vivas, dice San Pedro en Primera de Pedro, capítulo 2, versos 4 al 10: “Vosotros como piedras vivas, sed edificadas una Casa al Señor.”

Con piedras vivas es que Dios por medio de Su Espíritu está edificando una Casa para Dios. Ya la que edificó Moisés, ya pasó su tiempo; la que edificó Salomón, aquella fue destruida; hubo reedificaciones, pero en la actualidad ya lo que hay allí es un templo musulmán, y difícil para quitarlo de allí. Pero para el Reino del Mesías ese monte volverá a ser lugar de adoración para el pueblo hebreo. Ahora adoran en las sinagogas y también en la muralla del Oeste, pero van a tener todo el territorio.

El Reino del Mesías es lo que resolverá los pro-

blemas que tiene la humanidad, y que traerá la paz; porque solamente el Príncipe de Paz, el Rey de Paz, el Hijo de Paz, que es el Mesías, podrá traer la paz para Israel y para toda la humanidad; conforme a Isaías, capítulo 9, está establecido así.

Ese Reino del Mesías es lo que anhela el corazón, el alma de todo cristiano; pero mientras tanto pasamos por las etapas difíciles de la vida, que nos hacen agarrarnos más del Señor.

Recuerden que en el capítulo 8 de Deuteronomio dice (y otros lugares)... en el capítulo 8 dice que los llevó por el desierto para saber lo que había en el corazón de ellos, si habrían de guardar la Palabra o no.

O sea, que las pruebas son para que usted muestre si realmente es un creyente o no. Después de cada prueba usted ha tenido una victoria; y entonces va la persona (el creyente en Cristo) de victoria en victoria, de gloria en gloria; cada día amando más al Señor. Esa es **la Iglesia consagrada al Dios viviente**.

El que los creyentes en Cristo mueran no es ningún problema ni para el creyente ni para Dios. Recuerden, Cristo dijo [San Juan 5:24]: *“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna.”* Y algunos críticos podrán decir: “Dijo Cristo que

tendrían vida eterna y todos los apóstoles murieron. Y dijo que tenían vida eterna los que creyeran en Él y oyeran Su Palabra, y han estado muriendo todos los cristianos a través de los siglos.” No han estado muriendo, lo que ha estado muriendo es el cuerpo físico; pero los creyentes en Cristo están vivos, tienen vida eterna, y lo que les falta solamente a los que murieron es la resurrección en cuerpos glorificados, cuerpos eternos igual al cuerpo glorificado de Cristo, que está tan joven como cuando subió al Cielo.

O sea, que no estamos esperando un ancianito, Jesucristo un ancianito; Él está tan joven como cuando subió al Cielo. Si usted fuera a donde Él está, no va a ver un ancianito allá, va a ver un hombre joven, digamos de 18 a 21 años, que es la flor de la juventud. Aun los discípulos, cuando resucitó ni lo conocían, pero Él les decía: “Yo soy”; y lo conocieron al partir el pan también.

Hay una vida después de esta vida terrenal. Esta vida terrenal es sólo para que hagamos contacto con la vida eterna recibiendo a Cristo como Salvador al escuchar la predicación de Su Evangelio, y ser bautizados conforme al mandato de Cristo, que dijo: “*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.*” [San Marcos 16:15-

16]

Lo difícil lo hizo Cristo en la Cruz del Calvario; lo sencillo nos toca a nosotros: oír y creer. ¿Oír qué? La Palabra de Dios. Recuerden que “la fe viene por el oír la Palabra”, y “con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” [Romanos 10:17, 10:10]

El mismo Cristo en San Mateo, por ahí por el capítulo 10, por el verso 30 al 33... Algunas veces hay personas que piensan que después que tengan alguna religión —la que sea— está bien, porque piensan que todos los caminos llevan a Dios, pero sabemos que no es así. Vean, capítulo 10, versos 32 al 33 de San Mateo, dice:

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.

Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.”

Recordemos que Cristo tiene la vida eterna para otorgarla a todo aquel que lo recibe como Salvador. Recuerden que Cristo dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen, y yo las conozco, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás. Mi Padre que me las dio

es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. El Padre y yo una cosa somos.” San Juan, capítulo 10, versos 27 al 30. Y también en el capítulo 14, verso 6 de San Juan, dice: “Yo soy el camino...” Así que no todos los caminos llevan a Dios, solamente Cristo.

“Yo soy el camino, la verdad (no hay muchas verdades, hay una sola, y es Cristo) y la vida (la vida eterna).” Y muchas personas piensan: “Como todos los caminos llevan a Dios, cualquier camino me va a llevar a Dios.” No. Y Cristo sigue diciendo: “Y nadie viene al Padre, sino por mí.” No hay otro Camino, no hay otra Verdad, y no hay otra Vida.

Por eso es tan importante conocer las Escrituras, la Biblia, porque la Biblia es el pensamiento de Dios expresado en letra; es Dios en forma de letra, es la Palabra Divina dada por el Espíritu a través de hombres de Dios que han sido enviados a este planeta Tierra.

La Biblia es el libro de Dios; por eso la Biblia es el libro más importante de todos los libros que hay sobre el planeta Tierra. La Biblia nos muestra lo que sucedió en el pasado, nos muestra lo que está sucediendo en el presente, y nos muestra lo que sucederá en el futuro; y el futuro eterno será vivir eternamente

con Cristo en Su Reino. Y la Tierra se convertirá en el planeta Distrito Federal del universo completo.

Por eso es tan importante el planeta Tierra, y por eso es que Dios colocó al ser humano aquí en la Tierra, y por eso es que Cristo vino a esta Tierra, en el cual estaba Dios visitando a la raza humana, para llevar a cabo la Obra de Redención en favor del ser humano, que es lo más grande. Y la corona, la Piedra Angular de la raza humana, es Cristo.

Por lo tanto, tenemos que escudriñar las Escrituras, porque Cristo dijo: “En ellas os parece que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.” [San Juan 5:39]

Todo lo que Cristo haría en Su Primera Venida estaba escrito ya; y todo lo que Dios hará, todo lo que Cristo hará en Su Segunda Venida, también está escrito. Él no se saldrá de lo que Él ha prometido para este tiempo final, más bien Él lo vivificará, lo hará una realidad, lo traerá a vida, a cumplimiento, como Él ha prometido; porque Él vela por Su Palabra, ¿para qué? Para ponerla por obra, para cumplirla. [Jeremías 1:12]

Por lo tanto, lo que esperamos es lo que Él ha prometido. No podemos esperar a nuestra forma propia de esperar cosas, tenemos que esperar lo que está

prometido en la Escritura.

La Primera Venida de Cristo fue identificada en la Escritura por Isaías como una virgen que daría a luz un niño, y sería Emmanuel: Dios con nosotros. Eso fue lo mismo que habló Dios en Génesis, capítulo 3, verso 15, acerca de la simiente de la mujer: el Mesías vendría por una mujer. Y luego da más luz a través del profeta Isaías y otros profetas, y muestra que sería a través del pueblo hebreo que vendría, y muestra también que sería a través de la tribu de Judá, y muestra que nacería en Belén de Judea. Por eso los magos fueron a Belén de Judea cuando les dieron a conocer dónde decía la Escritura (Miqueas) que nacería el Mesías.

Cuando Dios promete algo, lo hace en forma sencilla; y cuando promete algo más grande, lo hace en forma más sencilla todavía.

Dios decía a través de Jeremías hablándole al pueblo hebreo: “Yo soy vuestro marido, vuestro esposo,” y le había dado carta de divorcio en el capítulo 3, por el verso 8, por la infidelidad, al Israel contaminarse con los ídolos; pero también nos dice en Oseas, por el capítulo 2...

Israel sabe que viene una bendición grande de parte de Dios para Israel, conforme a la promesa Di-

vina. Capítulo 2 de Oseas, verso 19 en adelante, dice:

“Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia.

Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová.”

O sea, que viene una fiesta grande para Israel.

También eso en Ezequiel, capítulo 37, versos 1 en adelante hasta el 14, nos habla de los huesos secos de la casa de Israel... una restauración para Israel. Y en el capítulo mismo 37, versos 15 al 29, de Ezequiel, nos habla del palo de Judá y palo de Efraín, que van a ser juntados: el reino de Judá y el reino de Efraín, llamado también el reino de Israel, correspondiente a las diez tribus del norte; y va a ser un solo Reino. Ese será el Reino del Mesías para Israel. Y será un Reino de paz. Dios hará un pacto de paz con Israel.

Y ahora, en Oseas, capítulo 5, verso 15:

“Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen mi rostro. En su angustia me buscarán.”

Luego en el capítulo 6, verso 1 en adelante, dice:

“Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará.

Nos dará vida después de dos días; en el tercer

día nos resucitará, y viviremos delante de él.

Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra.”

No es una lluvia literal. Está tipificada en la lluvia tardía y temprana que viene sobre la plantación, y así viene la Lluvia espiritual tanto del Espíritu Santo como de la Palabra; primero para el cristianismo y después para el pueblo hebreo. La lluvia tardía tiene que ver con la cosecha. Israel está esperando su bendición, pero la Iglesia del Señor Jesucristo primero tiene que recibir la suya.

Cristo vino en Su Primera Venida para Israel, que lo estaba esperando, y le pasó por alto Su Primera Venida; y para el Día Postrero ¿quién lo está esperando? El pueblo del Nuevo Pacto, que es la Iglesia del Señor Jesucristo.

Y ¿para qué lo está esperando la Iglesia del Señor Jesucristo, que son los hijos de Abraham por la fe en Cristo, los que tienen las primicias del Espíritu? Para el día de la redención del cuerpo, conforme a Efesios, capítulo 4, verso 30; y en el capítulo 1, verso 10 al 14, de Efesios; y también Romanos, capítulo 8, versos 14 al 39, que nos habla de que nosotros

mismos estamos gimiendo, estamos clamando por la manifestación gloriosa de los hijos de Dios, la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

Es que la promesa es que a todos los miembros de esta **Iglesia consagrada del Dios viviente**, que es la Iglesia redimida por la Sangre de Cristo que nació el Día de Pentecostés, y que es parte de Cristo, que es la Esposa-Novia del Señor Jesucristo, la Esposa del Cordero; tiene grandes promesas de bendición para este tiempo final.

Filipenses, capítulo 3, verso 20 al 21, dice:

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo;

el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”

Ahí tenemos la promesa de una transformación para los creyentes en Cristo, la Iglesia del Señor Jesucristo, en el tiempo de la Venida de Cristo a Su Iglesia en el Día Postrero.

¿Y cómo sabemos que es para este tiempo final? Porque no fue para los tiempos pasados que también lo estaban esperando. Y ahora estamos en el Día Pos-

trero, Israel está en su tierra esperando la Venida del Mesías, y la Iglesia del Señor Jesucristo lo está esperando también.

En Apocalipsis, capítulo 10, el Ángel Fuerte que desciende del Cielo es Cristo con el Librito abierto en Su mano, el cual tomó de la diestra del Padre que estaba sentado en el Trono; y ese Librito estaba cerrado. Lo tomó, lo abrió en el Cielo, y lo trae a la Tierra en Apocalipsis 10, para traerlo a Su Iglesia, para que Su Iglesia pueda ser transformada y llevada con Él a la Cena de las Bodas del Cordero.

Porque ese Librito es el Título de Propiedad de la vida eterna, es el Título de Propiedad donde están escritos los nombres de todos los que formarían la Iglesia del Señor Jesucristo, escritos ahí desde antes de la fundación del mundo. Porque los creyentes en Cristo que forman la Iglesia del Señor Jesucristo son los genes del pensamiento Divino.

Cristo sin Su Iglesia no existirá; Él existirá eternamente con Su Iglesia. Cristo es el segundo Adán y Su Iglesia es la segunda Eva.

Así como Adán trae hijos por medio de su esposa Eva, pero hijos con vida temporal, no vida eterna; Cristo trae a vida por medio de Su Iglesia, trae hijos e hijas de Dios con y a vida eterna, con el nuevo na-

cimiento. Y cuando nos dé el nuevo cuerpo, entonces hemos de saber más claramente lo importante de las promesas que Él hizo para Su Iglesia; entonces vamos a entender todas las cosas.

“LA IGLESIA CONSAGRADA AL DIOS VIVIENTE.”

Toda persona que quiera tener vida eterna, recibir a Cristo como Salvador al escuchar el Evangelio de Cristo, Él dijo: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; las cuales también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (capítulo 10 de San Juan).

El Rebaño es la Iglesia del Señor Jesucristo, el Buen Pastor es Cristo, y las ovejas ¿quiénes son? Todos los creyentes en Cristo.

Si oyes hoy Su voz, no endurezcas tu corazón. La fe de Cristo ha nacido en tu corazón; y ahora, si no habías recibido a Cristo, puedes hacerlo en estos momentos, y estaremos orando por usted para que Cristo le reciba en Su Reino; para lo cual puede pasar al frente y estaremos orando por usted.

Vamos a dar unos minutos mientras pasan al frente, para orar por las personas que estarán recibiendo a Cristo como Salvador.

En los demás países pueden también venir a los

Pies de Cristo en estos momentos para recibirlo como Salvador, dando testimonio público de vuestra fe en Cristo.

“El que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos.” [San Mateo 10:32]

Recibir a Cristo como Salvador es un asunto de vida eterna. Se predica el Evangelio de Cristo para que nazca la fe de Cristo en el alma de las personas, crean y lo reciban como Salvador, y obtengan la vida eterna. La vida eterna es lo más importante que hay, y la otorga solamente Jesucristo.

Todos queremos vivir eternamente y todos tenemos la oportunidad de obtener la vida eterna por medio de Cristo nuestro Salvador; por eso se le da la oportunidad a todas las personas de recibir a Cristo como único y suficiente Salvador. Todos queremos que las demás personas obtengan la vida eterna.

De todas las decisiones que el ser humano hace en su vida, una sola es la que le coloca en la vida eterna, y es recibir a Cristo como único y suficiente Salvador. No hay otra decisión que le coloque a usted en la vida eterna.

Cuando nos miramos en el espejo, de seguro decimos: “Yo quisiera vivir eternamente, y sobre todo,

jovencito, de 18 a 21 años de edad.” Así es como Cristo está en Su cuerpo glorificado, y así es que vamos a estar también nosotros; porque Cristo lo ha prometido, y por consiguiente Él lo cumplirá.

Vamos a estar puestos en pie para orar por las personas que han venido a los Pies de Cristo en esta ocasión.

Todavía vienen más personas de camino. Es que Dios tiene mucho pueblo, muchos hijos e hijas aquí en Buenos Aires, Argentina, y en toda Argentina, y en toda la América Latina, y en todas las naciones; y los está llamando en este tiempo final.

Dios está llamando y juntando a Sus escogidos en el Día Postrero, porque pronto Él va a resucitar a los muertos creyentes en Él, y a los que estén vivos los va a transformar.

Si una persona recibe la noticia de que es invitado para ser del grupo de personas que recibirán al presidente de su nación en su casa, estaría feliz, ¡un privilegio grande! y ¿qué de recibir al Rey de los Cielos y de la Tierra en la casa terrenal, en el corazón, en el alma de la persona? Es más grande el privilegio y bendición.

Por eso la Escritura dice [Proverbios 23:26]: “Hijo mío dame tu corazón,” y también dice [Pro-

verbios 4:23]:

*“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”*

Por eso es que así como a través de la sangre se mueve la vida que está en la sangre, por todo el cuerpo; cuando la persona recibe a Cristo en el corazón: se mueve en toda la vida de la persona Cristo con Su Sangre, y lo mantiene con vida eterna.

El corazón es tipo y figura del alma de la persona, porque en el corazón está el lugar de morada del alma de la persona, y por consiguiente, para morar también Dios ahí en el corazón con la persona, que es alma viviente; por eso el corazón es sinónimo del alma.

Vamos ya a orar por las personas que han venido a los Pies de Cristo aquí y en otras naciones, para lo cual levantemos nuestras manos al Cielo:

Padre celestial, en el Nombre del Señor Jesucristo vengo a Ti con todas estas personas que te están recibiendo como Salvador. Recíbelos en Tu Reino. Te lo ruego en el Nombre del Señor Jesucristo, oh, Padre celestial. Amén.

Y ahora repitan conmigo esta oración, los que han venido a los Pies de Cristo y están presentes o en otras naciones:

Señor Jesucristo, escuché la predicación de Tu Evangelio y nació Tu fe en mi corazón.

Creo en Ti con toda mi alma, creo en Tu Primera Venida y creo en Tu Nombre como el único Nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos. Creo en Tu muerte en la Cruz del Calvario como el Sacrificio de Expiación por nuestros pecados.

Reconozco que soy pecador y necesito un Salvador. Doy testimonio público de mi fe en Ti y de Tu fe en mí, y te recibo como mi único y suficiente Salvador.

Te ruego perdones mis pecados y con Tu Sangre me limpies de todo pecado, y me bautices con Espíritu Santo y Fuego, y produzcas en mí el nuevo nacimiento.

Quiero nacer en Tu Reino, quiero vivir eternamente Contigo en Tu Reino. Te lo ruego, en Tu Nombre Eterno y glorioso, Señor Jesucristo. Amén y amén.

Y ahora me preguntarán: “¿Cuándo me pueden bautizar?” Porque me dirán: “Escuché la predicación del Evangelio de Cristo, nació la fe de Cristo en mi alma, creí, y lo he recibido como mi Salvador. Y Él dijo: ‘El que creyere y fuere bautizado, será salvo;

mas el que no creyere, será condenado.’ ¿Cuándo me pueden bautizar?” Es la pregunta de cada uno de ustedes que han recibido a Cristo como Salvador y están aquí presentes o en algún otro país.

Por cuanto ustedes han creído en Cristo de todo corazón, bien pueden ser bautizados; y que Cristo les bautice con Espíritu Santo y Fuego, y produzca en ustedes el nuevo nacimiento. Y nos continuaremos viendo eternamente en Su Reino, y jóvenes para toda la eternidad. Bien pueden ser bautizados.

Que Cristo les continúe bendiciendo a todos, y continúen pasando una tarde feliz, llena de las bendiciones de Cristo nuestro Salvador.

Dejo con ustedes el ministro, reverendo Guillermo Rodríguez. Y en cada país dejo al ministro correspondiente, para que les indique cómo hacer para ser bautizados en agua en el Nombre del Señor.

Y nos vemos muy pronto.

“UNA IGLESIA CONSAGRADA AL DIOS VIVIENTE.”